

Acto de inicio de Curso 2015:

Durante el año 2014 hicimos un esfuerzo grande en concluir y comunicar un proceso de Autoevaluación que fue entregado al Consejo Nacional de Evaluación Universitaria (CONEAU). Esperamos recibir la devolución en el primer semestre del presente año. Se trató de una experiencia nueva para la Universidad Católica de Córdoba. La autoevaluación institucional es un proceso que llegó para quedarse. Lo pide la dinámica nacional y la internacional del sistema universitario. Estamos dispuestos a participar mostrando nuestro compromiso por mejorar de acuerdo a los valores que hacen a la identidad de nuestra Universidad tanto en esto como otros ámbitos de Evaluación.

El 2015 nos encuentra abocados al Plan de Desarrollo Institucional 2015-2020 coordinados por la Secretaria de Pedagogía Universitaria, Mag. Aída Manita. Elegimos continuar con el vocabulario del Plan recientemente concluido y evaluado. El Plan de Desarrollo incluye un análisis y accionar estratégico. Dicho término pertenece, para muchos, más al ámbito empresarial o militar. Igualmente, tomamos su aporte en el sentido que el plan de desarrollo necesita tener un buen diagnóstico de las posibilidades reales; las amenazas y las fuerzas que tenemos para el logro de los variados objetivos de la universidad relacionados con la educación e investigación.

El Plan de Desarrollo tiene como objetivo ordenar nuestras prioridades; orientaciones principales y darnos herramientas para poder evaluar nuestros avances. Tendrá una etapa de participación en cada unidad académica a partir del mes de abril. A la vez, seguimos con las consultas a expertos de las distintas áreas en el país y el exterior. Especialmente, las que comparten más nuestra identidad como, por ejemplo, las Universidades Jesuitas de América Latina.

Destacaré una actitud que es necesaria para llevar, al modo ignaciano, la ejecución de nuestro Plan de Desarrollo Institucional. Espero que sirva de aliento a las nuevas autoridades de la Universidad. Lo haré a partir de una frase con la que se quiso describir el carácter de San Ignacio de Loyola en un libro publicado con motivo del aniversario de los primeros 100 años de la Compañía de Jesús (1640) titulado "Imago primi saeculi".

"Animarse a lo más grande, sin descuidar lo pequeño, es de Dios". ("Non coereri a maximo, contineri tamen a minimo, Divinum est").

Para quienes no comparten la fe, podría decirse en vez de "es de Dios": es lo mejor que podemos hacer para nuestro bien integral como personas y sociedad; es lo más propio de nuestra identidad como Universidad; es lo más sabio o lo que nos llevará con más seguridad a lograr los objetivos. Esto, también es válido para los creyentes porque un poco de eso está implicado y más cuando decimos que algo "es de Dios".

La traducción que propongo busca señalar lo importante que es "animarse" a desear y pensar en cosas grandes para bien de muchos. Pensar en grande en un acto de

generosidad que libera porque nos aleja de pensar en el propio interés o el conflicto que tiende a ocuparnos todas las fuerzas. El pensar en grande ignaciano es mirar a largo plazo y tener el valor de esforzarse por lo que no dará aplausos, réditos y, quizás, muy poco reconocimiento pero que quizás sea la base de un futuro mucho mejor para los que nos sigan.

Pensar en grande es animarse a superar las frustraciones de lo que no hemos podido hacer antes; de lo que nos salió a medias; de lo que no convocó o de lo que otros frenaron; etc. No temamos pensar en grande; no temamos respirar hondo; mirar lejos y llenarnos de sana pasión por el bien posible.

“Cuidar lo pequeño” o mínimo es atender a lo cotidiano. El idealista o el romántico son quienes ponen tanta fuerza en mirar lejos que descuidan el presente. Ocuparse del futuro lejano negando el llamado del tiempo presente, lo cotidiano con sus urgencias impostergables, es privarse del sentido de lo concreto que me permitirá acertar en mi decisión sobre el futuro lejano.

No se trata de un pequeño o mínimo abstracto sino de lo concreto de las personas con su momento único del tiempo presente. De ahí que seremos unos malos planificadores al estilo ignaciano si nuestra pasión por un futuro mejor no va acompañada de una pasión por el tiempo presente, por la situación concreta de las personas con quienes nos relacionamos.

Resolver bien la tensión, estar atento al largo plazo con los pies bien puestos en el presente permite generar el proceso que construye historia sin saltos que producen tensión o violencia. No debemos afligirnos por la complejidad de la vida, quita fuerzas para ocuparse. La complejidad y las tensiones en las relaciones humanas son vistas de un modo dinámico desde la perspectiva ignaciana.

Las tensiones existenciales no se resuelven anulándolas. La huída al futuro o la imaginación de lo grande como el encierro en el detalle son enfermedades espirituales. Ambas alejan de la realidad y no se hacen cargo de los desafíos de la vida. Las tensiones son para armonizarlas, contextualizarlas, ponderarlas y cargarlas de sentido. Se trata del desafío de vivir como valioso cada pequeño paso o cuidado del detalle que hace al trabajo bien hecho con la mirada y el corazón puestas en el proyecto grande, en las metas comunes, aquello que es y será bendición o logro para el conjunto de la Universidad.

Cada Unidad Académica; cada área tendrá su deseo de hacer grandes cosas, por lo que sé, algunas enormes. Sólo desde el realismo de atender lo concreto del presente encontraremos el modo de generar el camino que permita construir el futuro paso a paso, sin tensiones que alteren, frustren o enojen.

Tener ánimo para pensar lo grande de un modo concreto también es tener visión de conjunto. La que se vive con clara conciencia de pertenecer a un todo, a un conjunto cuya

vitalidad es mayor que la de una parte. Cada unidad académica o área vive el desafío de rechazar la tentación de comprenderse como un todo. Muchas tensiones e incomprensiones se resuelven sólo desde una profunda consciencia de ser parte vital de un todo, sin el cual cada parte pierde su razón de ser y del que recibe más de lo que da.

Los mayores y los jóvenes que han estado al inicio de esta Universidad lo saben. Hemos superado muchos límites y dificultades para llegar al lugar que tenemos hoy. Estamos llamados a vivir el “ánimo”; la pasión que vivieron nuestros mayores, y por qué no más por el enorme y profundo servicio que se da en la Universidad. Confío en que, por la ayuda de Dios, por seguir lo mejor de la propia conciencia, las autoridades que hoy se comprometen, contarán con el apoyo de sus equipos en lo “grande” y en lo sólo aparentemente “pequeño” de cada día.

Muchas gracias,

Dr. Alfonso José Gómez, sj
Rector